

HERGÉ: LA PASIÓN DE LA DUDA

SIMÓN
MURILLO MELO

Hergé, hijo de Tintín es una biografía sobre Georges Prosper Rémi, “Hergé”. Caricaturista belga nacido en 1907 y muerto en 1983, fue el creador de *Jo, Zette y Jocko*, *Quique y Flupi* y *Las aventuras de Tintín*, una serie de veinticuatro álbumes sobre un joven y encoquetado periodista acompañado de su fiel perro, Milú, y sus amigos el alcohólico capitán Haddock y el distraído pero brillante Profesor Tornasol. La biografía, escrita por Benoit Peeters, guionista y biógrafo de Jacques Derrida y Paul Valéry, fue publicada por Confluencias por primera vez en español en 2013.

Creo que la “tintinología” es una de las ciencias más nobles que ha engendrado la humanidad. *Hergé, hijo de Tintín* puede que sea su obra cumbre, un recuento exhaustivo de la vida del padre, con minucia de arqueólogo y con la lupa puesta sobre lo que podemos conocer: su obra. Poco o nada se nos dice de esos intervalos en la vida de Hergé, a veces larguísima, entre los veinticuatro álbumes, como si fuese la vida de Tintín entre álbumes, en que el tiempo se suspende en la comodidad de Moulinsart. Es una obra de un rigor virtuoso que a veces se vuelve contra el lector: la vida de Hergé parece por momentos perder la magia creadora que transpira su obra.

De padres proletarios, infancia “gris” y juventud católica, fue un niño belga con talento para dibujar y poco más. No fue una categoría tonta

como hombre moderno o posmoderno o en busca de sentido. Hergé era un tipo extraordinariamente normal: con sus odios, sus amores, sus traiciones. Fue un hombre de su época que eligió mirar a otro lado mientras se cometían los crímenes más atroces. Luchó toda su vida contra una obra que se le antojaba a veces tonta y a veces milagrosa. Si le creemos a Benoit Peeters, esa lucha acabó por consumirlo y hacer de Tintín un hombre real. El bruselense, que leía a Julio Verne, le encantaban los paseos al aire libre, le fue infiel a su esposa, le gustaba el jazz, hablar de arte y murió de un ataque cardíaco, se convirtió en otro hombre.

Sin ser un libro hagiográfico, la biografía del señor Peeters presenta un milagro muy creíble. Es tal vez por ese alegre atrevimiento que la biografía cobra fuerza. Dentro de



los límites del rigor, la prosa objetiva y seca de Peeters deja ver por momentos un afecto profundo por una obra que nos transformó a muchos desde el comienzo de nuestras vidas. Y el biógrafo parece rendirse por momentos a una imposibilidad. Al escribir sobre Georges Remí, Hergé, su vida es inseparable de su obra: esos veinticuatro álbumes infantiles, algunos creados con prisa, otros con desprecio, muchos sin convicción, motivados solo por el ánimo del dinero. Hergé se convirtió en Tintín. El hombre de setenta y dos años con problemas en el corazón era también un *boy scout* intrépido con pantalones de golf y el mechón naranja en perfecta estabilidad.

Hergé nunca se formó profesionalmente como dibujante. Su maestro fue la admiración que le tenían en el colegio —la crítica más importante de cualquier carrera artística—. Acabó haciendo carrera en el dibujo por casualidad. El padre Norbert Wallez, fervoroso admirador de Mussolini, antisemita carismático y director de *Le Vingtième Siècle*, uno de los periódicos más reaccionarios de toda Europa, quería un periodista valiente que mirara hacia el futuro, con un pie en la edad media, y confió en el apenas adolescente Hergé. El primer reportaje que conocemos de Tintín es un viaje a la Rusia soviética en 1929, y no lo volveremos a ver sacando la tarjeta de periodista hasta el último número inacabado. Después viajó al Congo y a América. El exotismo, los

chistes flojos, el racismo rampante plagan las aventuras tintinescas de la época. Los problemas no se van a detener ahí: hasta el final de sus aventuras veremos asomar, aun en los mejores momentos de Tintín, caídas idiotas o enfermedades bizarras para provocar una risa fácil. Tintín puede embarcarse en diálogos vacíos por páginas y páginas; la estructura dramática a veces puede antojarse repetitiva.

Pero incluso cuando Hergé es malo, sigue siendo bueno. Esta es la única medida por la que podemos juzgar la habilidad de un artista. Incluso en sus momentos más oscuros o idiotas, sigue siendo él a pesar de sí mismo. La caligrafía de Hergé es tan marcada en cada uno de los álbumes, que es imposible no sentirla. El gran crimen que supone convertir series de éxito en producciones industriales, como Astérix o los cómics de superhéroes, es que dejan de ser arte para convertirse en ícono. En vez de creación: producto. Tintín es indiscutiblemente un ícono, pero es un ícono limitado a un espacio relativamente pequeño de páginas. No es Mickey Mouse con su esposa, sus hijos, sus mascotas, sus chaquetas de cuero y llaves espada. Tintín existe gracias a su finitud, diferente a Mickey Mouse, que sobrevive como producto cultural más allá de nuestras propias vidas; pero Tintín es real porque vivió y murió.

Y es que Tintín es un monumento a la habilidad del artesano. Hergé empezó a dibujar a Tintín por la causa más egoísta: la de la

supervivencia. Hergé no era ningún artista trágico ahogado por la tuberculosis, sino alguien con la suficiente habilidad y arrogancia para darse cuenta de su propio talento. Sabía muy bien la mina de oro que tenía delante, y los primeros diez o quince álbumes son fruto de las obligaciones contractuales. Los recuadros de Hergé, con personajes caricaturescos, un fondo hiperrealista y cuidadas perspectivas isométricas, parecen juguetes antiquísimos muy bien cuidados. Tintín no se ve fuerte ni poderoso, pero el cuidado de su posicionamiento en ese mundo tan rico que el fondo muestra promete aventuras. El movimiento ágil de su cuerpo y la manera como Hergé hace fluir naturalmente el tiempo entre recuadro y recuadro, a veces incluso en el interior de los paneles, no son características de las pinturas que siempre quiso hacer, sino ya el cómic en estado puro. Hergé es como un juguetero experto que hace que sus figuras de cuerda se muevan por una pista de latón. Las mentiras de Tintín están tan bien fabricadas que se nos hacen reales.

La heroicidad de Tintín es ridícula. No es un dios perfecto como Superman o un salvaje que viste de negro y se acuesta con modelos, como Batman. Tintín no tiene ninguna vida que conozcamos por fuera de los álbumes. Apenas lo vemos leyendo libros unas pocas veces; el yoga matutino y los paseos a Milú parecen ser la única constante en su vida. No tiene familia, y el único contacto humano regular llega de un profesor sordo y un capitán irascible. Es una figura evangelizadora o un santo de estampa; existe en la medida en que sus grandes acciones, sus cantares de gesta, existen. No importa si Tintín es cruel o arrogante en el espacio entre álbumes; en la falta de pasado y futuro de Tintín vemos al héroe perfecto porque no existe por fuera de su historia. Para la mayoría de niños que leímos a Tintín, el misterio de sus orígenes no importaba. Tintín era perfecto porque era el héroe que nosotros hiciésemos de él; Tintín era nosotros porque nosotros también podíamos esperar a ser como él.

Pero Hergé no era un héroe. Peeters narra a un artesano ocupado obsesivamente en la producción de sus álbumes, que se deshacía con facilidad de sus amigos y peleaba continuamente



Hergé es como un juguetero experto que hace que sus figuras de cuerda se muevan por una pista de latón.

con su familia. El valor de la amistad que se esconde o grita en cada uno de los álbumes surgía de las manos de un hombre solitario que abandonaba amigos íntimos por caprichos. Las aventuras de Tintín son dibujadas por un amante de los paseos en el campo y del arte moderno, pero difícilmente lo vamos a ver cruzando una catarata en una cuerda de nylon.

Chesterton escribió que las alegorías eran el esfuerzo humano de resumir los colores del otoño en unos pocos chillidos y gruñidos. Estamos ciegos por las circunstancias de nuestro nacimiento, por nuestras creencias, nuestros amores y nuestros odios. Pero es la ceguera lo que nos permite vivir sin ser quemados por la luz del sol. Y solo los ciegos pueden llegar a ver de nuevo. La torpeza de Hergé en trabajos como *Jo*, *Zette* y *Jocko*, tintas planas y sin sombras convertidas en el artificio cínico de ganar dinero, se vuelven, en un espacio de pocos años, en la honestidad brutal a fuerza de corazón de *El loto azul* o *Tintín en Tíbet*; honestidad intelectual en obras como *Las joyas de la Castafiore*.

Las biografías son la lectura de una vida a partir de una obra y, por lo tanto, están equivocadas de entrada. Quienes leemos a los biógrafos realizamos una lectura viciada de una lectura viciada de una vida viciada. Hay un episodio que cuenta Peeters de la vida de Hergé que creo que escapa a las relecturas apócrifas. Hergé le contestaba personalmente a todos

aquellos que le escribían: niños, muchos niños, algunos chiflados, una ancianita que le escribe regularmente. “No responder a las cartas de los niños sería traicionar sus sueños”, diría alguna vez. Y se pasó buena parte de su vida laboral contestando cartas de admiradores. En esos momentos, la frontera que los separaba se volvía más fina y Hergé se convertía en Tintín. Porque al final la obra del artesano no es la obra en sí, sino sus aspiraciones. Cualquier fabricante de juguetes sueña con hacer arte. Y ese arte que producimos por accidente, tan volátil al paso del tiempo y al juicio de los demás, solo tiene la certeza de operar en nosotros mismos. Por lo tanto, el único criterio por el que nos podemos juzgar es por la honestidad con lo que queremos ser.

Al esconder sus depresiones, sus ansiedades y miedos en los paneles de Tintín, no está haciendo otra cosa que escribirle al reportero. Antes de esperar una redención a través de los álbumes, para Hergé el trabajo artístico parecía un viacrucis necesario en la vida que le tocó vivir. La expresión no es solo una actividad gozosa o aquello que nos separa de nuestras funciones puramente biológicas: el arte no es lo que somos sino lo que queremos ser. Hergé quería ser Tintín, pero Tintín también quería ser Hergé.

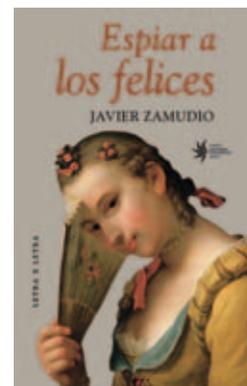
Cuando Hergé respondía a las cartas de sus admiradores no se estaba congratulando en su ego sino haciendo realidad el mito. Si la vida está hecha de los momentos no solo entre álbumes sino entre paneles, el blanco en que el tiempo se detiene y el engranaje no ha comenzado a rodar, Hergé llenó esa blancura de una segunda obra extensísima e imposible de recopilar en las cartas escritas a admiradores. Como un niño que hablaba con su mamá en un bus de El Retiro hacia Medellín acerca de las tonterías étlicas del capitán Haddock en *El secreto del unicornio*. No es difícil imaginar cómo reaccionaría si le escribiese a Georges Rémi y que Hergé tomara el lápiz una vez más para responderle. Dibujaría a un profesor tonto, un capitán malhablado, un perro blanco y un reportero feroz. **U**

Simón Murillo Melo (Colombia)

Es estudiante de periodismo en la Universidad de Antioquia. Le gustan los árboles, los cómics y las series animadas. Prefiere hablar de sus amigos que de sí mismo.

{ Novedades }

Espiar a los felices
 Javier Zamudio
 Colección
 Letra x Letra
 Fondo Editorial
 Universidad EAFIT
 Medellín - Colombia,
 2016
 133 p.



Revista Arquitrave
 N°64
 Jorgue Luis Borges
 Julio - Septiembre
 Cali - Colombia,
 2016
 100 p.



Revista Arquitrave
 N°63
 mayo - julio
 Cali - Colombia, 2016
 100 p.

